

La arquitectura, las ciudades y la educación

Intervención del Ministro de Educación, Francisco José Lloreda Mera, en el Foro
"La Educación y la Práctica de la Arquitectura sin Fronteras"
Universidad de Los Andes, Bogotá, Jueves 21 de Febrero de 2002.

La arquitectura es un instrumento a través del cual se construye civilidad. No es el único, pero sí uno determinante. Los asentamientos humanos, empezando por las ciudades, son la gran obra de la humanidad. Son expresión fidedigna de lo que hemos sido, somos y seremos. De la magnanimidad griega, de las extravagancias romanas, del recogimiento medieval, del despertar aventurero y mercantilista, de la imposición colonialista, de la revolución industrial, el bienestar y el consumismo. Una huella dactilar, mutable en el tiempo, de lo bueno y lo malo de la humanidad.

Somos humanos en la medida en que nos relacionamos con semejantes, y el sitio donde lo hacemos no es intrascendente. Gracias a los demás nos reconocemos como personas y es por los demás que hacemos el grueso de las cosas. Somos gregarios por naturaleza, es de nuestra condición humana, pero el espacio donde nos relacionamos con los demás, es de la mayor importancia. Un entorno escogido por otros para nosotros, o por nosotros mismos, para desarrollar nuestras vidas, y en la medida en que lo hacemos, le modificamos el entorno a los demás.

El lugar que habitamos es especial. No en vano cuando nos referimos a él decimos "yo vivo en", al referirse a un país si uno está en el exterior, a una ciudad si uno está en otra distinta, a un barrio si se encuentra en otro. Referentes territoriales, que evidencian la importancia dada a los sitios que habitamos de manera regular. Si bien hay quienes se acostumbran a ir de un sitio a otro sin mayor apego, la mayoría desarrolla una relación compleja de pertenencia hacia el lugar; en el caso de los errantes, no es que no sientan apego sino que lo sienten por varios lugares.

Los asentamientos humanos reflejan las contradicciones propias de la humanidad. Es normal que así sea, pues son "productos inacabados", están en permanente construcción. Las ciudades y los campos reflejan la riqueza y la pobreza económica, las profundas inequidades sociales, la inclusión y la exclusión política, el egoísmo y la solidaridad. Son una expresión de quienes las habitan. Es decir, una proyección compleja de la vida humana, que vista de una manera ligera pasa desapercibida, pero que apreciada en el tiempo es una manifestación cultural.

Las ciudades han sido epicentros de ebullición cultural. A diario y sin proponérselo, se convierten en testigos omniscientes del desarrollo de los pueblos: salvaguardan tradiciones, entretienen costumbres, construyen cotidianidad e incuban ideas. Una sumatoria de hechos, aislados o conexos, que contribuyen a formar cultura. Ahí radica la importancia de los centros urbanos; lejos de ser estáticos, de ser simples receptáculos de conductas patológicas o adefesios de concreto, o de lo contrario por supuesto, tienen un rol determinante en la construcción de una civilización.

Las ciudades tienen una responsabilidad formativa. No solo deben "albergar" sino "formar" ciudadanos. Quienes piensan que ese deber recae exclusivamente en la escuela, se equivocan. Claro que el sistema educativo formal, el que conocemos desde niños y para unos pocos se extiende hasta la universidad, tiene un papel fundamental que cumplir. No en vano se le confía la educación de las personas en una sociedad, y debe responder con creces al compromiso adquirido, que no es de poca monta. Pero el deber real y cierto de formar ciudadanos, va mucho más allá.

Ello no significa que la educación formal se desentienda de su responsabilidad, en especial en el ciclo básico. Suficientes niños han desertado por siempre del sistema educativo, por el facilismo de aquellas instituciones que ocultan sus deficiencias e incapacidad formativa quemando estudiantes, como si se tratara de fusibles viejos. Olvidamos que los niños que no

logran un cupo o los que abandonan el sistema, la mayoría de las veces se constituyen en "pérdidas": pérdida para ellos, claro está, pero lo que es más grave, dramático e imperdonable: una pérdida para el país.

Significa que además del deber de las instituciones educativas de velar por sacar adelante a sus estudiantes, sin excepción, es la sociedad entera la responsable de su propia educación. Si nos reconocemos como parte de una comunidad, debemos aceptar que ello confiere derechos y sobretodo hondas obligaciones. Y no existe obligación social mayor que formar ciudadanos, un propósito que trasciende las diferencias de edad, credo y género, de condición social y económica. Ese es el reto de las ciudades, el de ustedes los arquitectos, y del que hoy les quiero hablar.

Las ciudades tienen una función educativa en si mismas. Tienen la posibilidad, la capacidad y la obligación de formar ciudadanos. Hizo carrera que para cambiar, las ciudades requerían primero de un cambio de actitud en sus ciudadanos. Es cierto que en la medida en que una ciudad está compuesta por sus habitantes, en estos recae la responsabilidad de su transformación. Pero pocas veces los cambios se dan por generación espontánea de los ciudadanos y requieren de un liderazgo capaz de desencadenar la energía y el compromiso necesarios para el cambio.

Fue el caso de Barcelona con el Ensanche Cerdá, de Nueva York con la influencia del controvertido Robert Moses, de Cali con Alfonso Bonilla en los Panamericanos. En el caso de Barcelona, Ildefonso Cerdá no recibió en vida el reconocimiento que merecía e impuso una dinámica urbana imparable que supera el siglo; en el caso de Nueva York, de no ser por la transformación vial liderada tras bambalinas por el poderoso magnate la ciudad sería otra; y en Cali, el evento deportivo se convirtió en la punta de lanza del desarrollo económico de la ciudad durante veinte años.

No se trata de polemizar; seguramente encontraremos seguidores y detractores de Cerdá, de Moses, y de Bonilla en el terreno local. Hablo de decisiones urbanas que para bien o para mal redireccionaron ciudades, y de esta manera, por siempre, la vida de sus habitantes. Ahí radica la importancia de quienes se atreven al cambio, en medio incluso de voces contrarias. Hablo del poder transformador de las ciudades en la conducta ciudadana. Barcelona, Nueva York y Cali, son ciudades diferentes, pero los hechos señalados las marcaron, y marcaron a su gente.

A veces esperamos cambios de actitud en las personas para mejorar las ciudades, pero olvidamos que a veces a través del cambio en las ciudades logramos mejores actitudes en las personas. Este es el mensaje que hoy quiero transmitirles y que toca con la razón de ser de la profesión de arquitecto. Si bien se requiere trabajar en las personas, para lograr grandes cambios de actitud en los ciudadanos a veces es más efectivo, aunque no libre de obstáculos, empezar por cambiar las ciudades. De ahí la inmensa responsabilidad de los arquitectos, y de quienes los forman.

Un ejemplo reciente es Bogotá. Pese al esfuerzo de tantos, y tantos años por hacer de la capital un lugar "vivable", fueron necesarios varios alcaldes para definirle un norte y convertirla en Ciudad, en vez de pueblo grande. Para que recuperara la imagen que en otrora tuvo de Atenas Suramericana. Hoy, quienes habitan en la capital han generado hacia ella un nuevo sentido de pertenencia, un cariño que solo quienes son oriundos de la capital mantenían, contra viento y marea. ¿Qué sucedió en Bogotá para desencadenar una transformación de tal magnitud?

Muchas cosas, por supuesto. En especial, alcaldes que entendieron el rol educativo de la ciudad. La renovación y construcción de parques, la construcción de nuevas bibliotecas públicas, de ciclorutas, de amplios andenes, de extraordinarios colegios públicos en zonas marginadas, y de Transmilenio, para citar unos pocos ejemplos, le demostraron a los bogotanos que era posible una nueva ciudad. No digo que estos cambios hayan sido suficientes, pues requirieron de iniciativas originales de formación ciudadana, pero le demostraron a los bogotanos que "sí se puede."

Bogotá, al resolver su problema ancestral de basuras, al estructurar un sistema de transporte público colectivo, al dotar a la ciudadanía de lugares de esparcimiento, al recuperar el espacio público y ponerlo a disposición de los peatones, al llevar servicios públicos y sociales de calidad a los sectores más desprotegidos, logró no solo detener una bomba social de proporciones mayúsculas, sino que le demostró al país que las transformaciones urbanas que responden a una visión de ciudad, se convierten en dinamizadoras ocultas de una nueva cultura ciudadana.

De ahí la importancia de la enseñanza de la arquitectura. Si la arquitectura tiene una gran responsabilidad educativa, aún más es la enseñanza de la misma. No se trata de "producir" arquitectos en serie, como ha ocurrido. Cada arquitecto es un creador o un destructor de civilidad. No se equivoquen en eso. Los arquitectos urbanistas, paisajistas, diseñadores, constructores y administradores, entre otros, tienen la obligación de pensar en los efectos formativos de su trabajo. Y quienes los forman, es decir, las facultades de arquitectura, tienen un deber trascendente.

Por eso la importancia del foro "La Educación y la Práctica de la Arquitectura sin Fronteras" que hoy se inicia gracias al esfuerzo de la Facultad de Arquitectura de la Universidad de los Andes, la Unión Internacional de Arquitectos -UIA-, la Sociedad Colombiana de Arquitectos -SCA-, la Asociación Colombiana de Facultades de Arquitectura -ACFA-, la Unión de Escuelas y Facultades de Arquitectura de Latinoamérica -UDEFAL-, la sociedad civil, las entidades del Gobierno Nacional que han respaldado la convocatoria, y a todos ustedes que participan del encuentro.

Como es de muchos conocido, el actual gobierno se ha comprometido a fondo con la calidad de la educación superior. No por capricho, sino porque está preocupado por la proliferación de programas mediocres, que arrojan profesionales mediocres, sin medir las repercusiones sociales, económicas y políticas de esta borra en que caímos. Claro que debemos ampliar el acceso a la educación superior, para que no siga siendo privilegio de pocos, pero no de cualquier forma. La educación no es una fábrica de productos masivos o en línea, como algunos la entienden.

La creación de estándares mínimos de calidad para los programas de pregrado y postgrado, el impulso a la acreditación de programas e instituciones, los exámenes de calidad de la educación superior y el fortalecimiento de la labor de inspección y vigilancia, son instrumentos con los que empieza a contar el país para asegurarle a la sociedad una oferta educativa de calidad. Estamos construyendo, poco a poco y no libre de tropiezos, una cultura de aseguramiento de la calidad con la que no contábamos, y a la que ha contribuido con creces la comunidad académica seria.

En el caso de arquitectura, el Presidente de la República está próximo a expedir, gracias al aporte de distintas asociaciones de facultades y expertos en el tema, los Estándares Mínimos de Calidad para Arquitectura, luego de los de las Ingenierías, las Ciencias de la Salud, y Derecho. Esperamos que avance el interés de todas las facultades en la acreditación de excelencia y que en un futuro no muy lejano, los estudiantes de último semestre de arquitectura estén presentando exámenes de estado para medir sus competencias, e introducirle más transparencia al sistema.

Necesitamos excelentes arquitectos. La proliferación de programas de arquitectura se ha triplicado en diez años, arrojando una población registrada de más de 37 mil arquitectos, configurando uno de los más altos índices per-cápita a nivel mundial, como lo señalan los organizadores del foro. Una situación preocupante, que debe llamar la atención de todos, y que confirma la justificación y oportunidad de este evento. La cantidad de arquitectos desempleados, no solo se debe a la recesión económica en la que cayó el país; es señal inequívoca de que algo anda muy mal.

Mi sueño de niño fue ser arquitecto y una de mis frustraciones de adulto es no haberla estudiado aún. Pasaba mis ratos dibujando ciudades, haciendo planos y maquetas de casas, puentes y edificios. Me embadurnaba con los rapidógrafos; echaba a andar mi imaginación. No

por ello me he creído arquitecto; los respeto y admiro, les aprendo y los envidio por ser "creadores" en la verdadera dimensión de la palabra. Pero me encuentro la arquitectura en todas partes. Pareciera que me persigue por la vida, incluso ahora en el Ministerio de Educación Nacional.

No es casualidad que me la encuentre y me alegro que sea así. Es difícil disociarla de los temas públicos, mi pasión, pues su fin último no es otro que la vida de los seres humanos. Los arquitectos, lo he insinuado, son verdaderos privilegiados. Pero los privilegios van revestidos del deber, y difícil encontrar una profesión con mayor impacto en la vida de la gente que la de los arquitectos. Con sus trazos y su imaginación, imaginan y trazan los rumbos de la humanidad. Son instrumentos de cultura, forjadores de civilidad, poetas del espacio, seres del más allá.

MUCHAS GRACIAS